

una joven de fuertes pasiones engendradas por el llamado de la vida.



<https://doi.org/10.29393/At174-262MRNE10262>

EL NIÑO QUE ENLOQUECIÓ DE AMOR, por *Eduardo Barrios*.— Sexta edición. Editorial Nascimento. Santiago de Chile, 1939

Señalados son los casos de libros chilenos que resisten sexta edición. «El niño que enloqueció de amor» de Eduardo Barrios es uno de ellos. Sin duda, su mejor elogio es la demanda de lectores que ha tenido. Ha resistido el tiempo, criba inexorable que va cerniendo la obra humana para sólo dar paso a lo realmente valioso. Hemos releído esta última y pulcra edición de las dos novelas que forman el volumen, y podemos ratificar, sin rectificación ninguna, el juicio que su primera lectura nos sugirió. A pesar de que son de las obras primerizas de Eduardo Barrios, encontramos en ellas las virtudes señeras de estilo y de observación psicológicas que habrían de realizarse plenamente en su obra maestra «El hermano asno».

Con «El niño que enloqueció de amor», asistimos a un precoz drama sentimental: un niño hiperestesiado se enamora de una mujer ya madura; él nos lo va diciendo en el diario de su vida, donde el drama se intensifica momento a momento hasta culminar en la tragedia, pues el muchacho enloquecido, se sumerge en la inconciencia más absoluta. La precocidad del niño justifica muchas escenas propias de adultos, pero que están dentro de lo verosímil y aun encuentran explicación sin mucho apurar las doctrinas freudianas de la libidine. Aquéllas de los celos, por ejemplo. Cuando recién apareció esta novela, hubo opiniones de críticos que dijeron que se trataba de un corazón de hombre en el cuerpo de un niño, haciendo resaltar con ello la incongruencia que existiría entre la forma de expresión sentimental del muchacho con su edad cronológica. Pero ya lo diji-

mos, ello es posible dentro de la realidad humana, sin apartarse de la verosimilitud indispensable para que la ficción novelesca sea lograda. Y bien puede no haber sido rigurosamente verdadero el drama sentimental del niño que perdió la razón por amor, pero no es imposible. Es muy frecuente encontrar muchachos y muchachas que sienten una simpatía rayana en lo anormal por personajes del cine. He ahí una verdad; lo demás lo ha podido agregar el autor con su imaginación creadora. Y éste es otro aspecto de la producción novelesca de Eduardo Barrios que lo destaca en la literatura chilena como un caso singular: asentar su obra en la realidad y elevarse sobre ella a un plano de superación poética. Nuestra literatura tiene un sentido excesivamente realista. Barrios, sin alejarse de los hechos humanos, los poetiza, eliminando todo lastre plebeyo.

Hay en los libros de Barrios una consonancia perfecta entre el contenido vital y su expresión artística; su estilo es de una limpieza impecable; sus frases tienen acaso una cadencia excesivamente blanda y suave que le da a la prosa un tono dulzón. Pero su ideal de musicalidad y transparencia ha ido purificándose en sus obras posteriores hasta lograr la expresión perfecta; en «El hermano asno», por ejemplo. Su conocimiento de psicología infantil, le permitió encontrar la expresión adecuada a la capacidad para redactar del precoz.

Junto a «El niño que enloqueció de amor» encontramos su novela «¡Pobre feo!» La observación de las flaquezas humanas, aparece en esta novela exaltada por la tragedia del hombre que ha de trizar su dicha porque su extraordinaria fealdad le impide la plenitud sentimental. Acaso a veces la tragedia se torna burda por el humorismo un tanto cruel, el cual habría de depurar en un tono más humano en «Páginas de un pobre diablo» y en su cuento «Antipatía».

Deplorable es que un escritor como Eduardo Barrios que ha dado las mejores páginas a la literatura chilena y que ha recibido la consagración no sólo en su patria sino en América y

España, donde se han editado sus obras, haya enmudecido por tanto tiempo. Si la lucha por el vivir cotidiano le ha desviado hacia otras preocupaciones, esperamos que sus inquietudes artísticas no hayan desaparecido definitivamente y nos depare el agrado de leer alguna nueva obra maestra suya.— MILTON ROSSEL.